

2 Sept - 27

4-3

La Risa



30
cènt

LA HORA DEL BAÑO.

—¡Creo, Indalecio, que no tenemos por qué envidiar a las playas más concurridas!

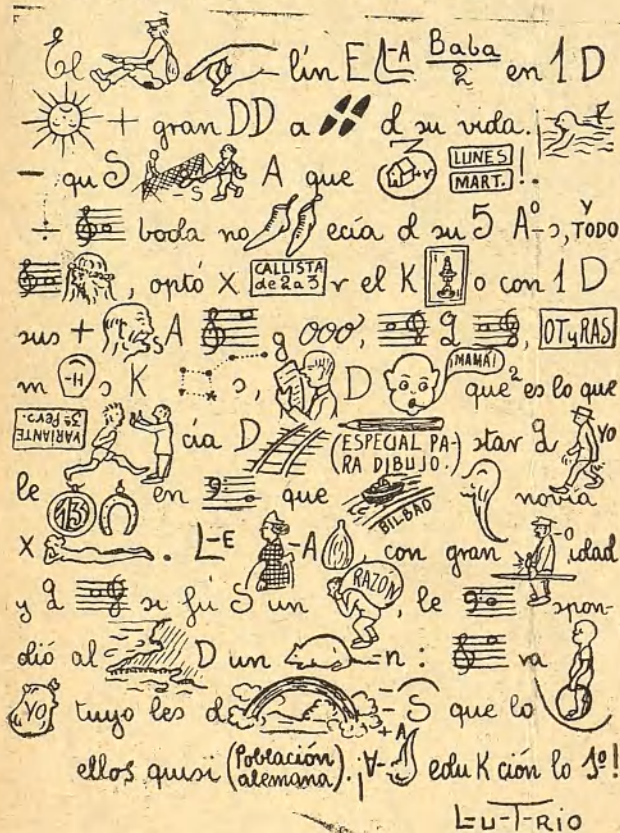
Dibujo de IBÁÑEZ.

MATATIEMPOS

Por cada trabajo original e ingenioso que publiquemos en esta sección abonaremos DOS PESETAS, y un premio de VEINTICINCO PESETAS por las soluciones exactas a los mismos.

(Véanse las condiciones en el núm. 32.)

62.—Jeroglífico-cuento.—POR L-U-T R I O.



63.—Una novela clásica muy célebre.—POR M. S. P.



64.—Fábula charadística.
POR M. S. P.

En su huerta un labriego tenía una *tercia-segunda* frondosa, y una *dos-cuarta*, hambrienta y golosa, de su fruto sin tregua comía. El labriego, cansado, pensó en dar fin a *dos-cuatro* importuna, y a una *cuarta* ligera y muy tuna para el caso poderle le dió. La *una-cuatro* celaba, esperando a *dos-cuarta*, que al cabo llegó, y en su *prima-segunda* cayó la inexperta, su muerte llorando. Habla la experiencia de aquesta manera: «Aquel que la hace, la *tercia-primer*a».

65.—Cantar.—POR M. S. P.

*Tercia-primer*a-segunda
los ojos tanto, morena,
que *tercia* digo que hacen
al *todo* la competencia.

66.—Vais a sudar el quilo, y precisamente de eso se trata.—POR GALDO.

NOTAS asunto 1000 planta NABAB

ADVERTENCIAS IMPORTANTES

Cada matatiempo deberá venir acompañado de un cupón. De no ser así se pierde el derecho a cobrarlo, aunque se publique.

No se sostiene correspondencia sobre estos trabajos ni se devuelven los originales.

Las soluciones sólo se admitirán hasta el último día del mes a que correspondan, a las doce de la mañana.

Dirijase toda la correspondencia al apartado 7.002.

Tip. Yagües.—Madrid.

REGALO A NUESTROS NUEVOS SUSCRIPTORES

El éxito creciente que de día en día alcanza LA RISA, cuyo número de suscriptores aumenta considerablemente, y siendo muchos los que desean tener la colección completa de los números publicados de tan amena revista, ha hecho que la Empresa, respondiendo a ese favor constante del público, y para atender a los infinitas peticiones de números atrasados que se les hacen, haya reimpresso los que estaban agotados, formando NUMEROSAS COLECCIONES COMPLETAS, que pone a disposición del público.

A este efecto se regalarán

500 colecciones completas de LA RISA

a los primeros 500 nuevos lectores que, a partir del presente mes, abonen la suscripción de **un año** cuyo importe es de

Quince pesetas y sesenta céntimos

para los de Madrid, provincias y América, y de

Diecinueve pesetas y veinte céntimos

para los del Extranjero, y cuyo **regalo** recibirán en el acto de hacer efectivo el importe en nuestra Administración los suscriptores de Madrid, y se le enviará a vuelta de correo a los de provincias y el Extranjero, una vez recibido aquí el giro importe de la nueva suscripción, o contra reembolso si así lo desean y lo hacen constar en el adjunto boletín.

LA RISA

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D. habitante en
..... provincia de calle de
..... núm. desea suscribirse por un año (1)

EL SUSCRIPTOR.

..... de de 1923.

(1) En este hueco se pondrá: «Remitiendo su importe de pesetas en giro postal» o «Abonando el importe al recibir el envío contra reembolso».

CONCURSOS DE "LA RISA"

Para dar variedad a esta sección, admitiremos anécdotas graciosas ocurridas a personas conocidas de la antigüedad o contemporáneas, para alternar su publicación con los piropos, en las mismas condiciones que éstos.

Para tener opción al premio de DIEZ CINCUENTA PESETAS es condición indispensable que los piropos se ajusten a las Bases del concurso para caballeros publicadas en los números 14 y 16 de este semanario.

Los PIROPOS deben venir escritos en papel aparte; pero siempre acompañados del cupón.

Dos advertencias que no deben olvidar los que nos envían PIROPOS para publicar en esta sección:

Primera. Que el crecidísimo número que diariamente se reciben, obligan a guardar turno para su publicación.

Segunda. Que la gran cantidad que hay que rechazar por inmorales, injuriosos o por carecer del correspondiente cupón, no puede merecer el honor de contestar a cada autor en la sección de «A vuelta de correo», porque ello agotaría por completo el espacio dedicado a esta correspondencia.

—¡Mi madre! Es usted la mujer más bonita que yo he visto.

(Piropo premiado.)

UN CIEGO.

PIROPOS RECIBIDOS

—Morenaza: Por usted sería yo capaz de ir desde Coruña a la Habana enganchao de la cuerda de un barco en forma de cuentamillas.—JESÚS AMENEIRO F.

—Vida: Vale usted más pesetas que billetes del tranvía hacen falta para llevarse el premio.—PEDRO MELÉNDEZ.

—Adiós, rica: Con lo que usted vale se podía pagar la Deuda exterior.—UN SEBENTÓN.

—Preciosidad: Esas son curvas peligrosas y no las de la «Carrera de las doce horas».—CHURRASQUITO.

—Renegrísima: Con esos ojazos y ese tipo tan «juncal», es usted capaz de .. asesinar al propio Landrú.—PEPITILLA I.

Casi negra: Por una caricia tuya soy capaz de explicarte, sin omitir una sílaba, el diccionario enciclopédico.—R. BELMONTE (hijo).

—Morenaza: Si supiera que en el cielo nos encontrábamos juntos, me pegaba cuatro tiros el día que usted muriese.—JESÚS AMENEIRO F.

—Adiós, reina: Por usted era yo capaz de resolver el problema de las responsabilidades. ¡Y eso que me iba a ver negro!—J. DE LA VIEJA.

—¡Olé los lunares con gracia! Tiene usted una cara que parece el cielo estrellao.—MARTÍN PARDO REY.

—Oiga, joven: No me mire usted con esos ojazos dos veces, porque me van a tener que recoger del suelo... con un frasco...—PEPITILLA I.

—So fea: No presuma usted tanto, que es usted más pesada que un tron cargado de adoquines.—JESÚS AMENEIRO F.

—Cuando miran esos ojos tan grandes y retrecheros, es tal fuego el que se arma que hasta acuden los bomberos.

FELICÍSIMO AMAR.

CUPÓN
NÚMERO

28

Para acompañar a todo piropo, trabajo literario o dibujo, sin cuyo requisito no será admitido.

(Este cupón sirve para un solo trabajo.)

—Renegrísima: Por contemplarla cinco minutos, soy yo capaz de atravesar el desierto de Sahara montado en burro.—JACINTO IGLESIAS ZAPATERO.

—¡Olé ahí tres hermanas bonitas! Pero niñas, ¿es quizá su casa la sucursal de la gloria?—M. PARDO REY.

Para una mujer de treinta y cinco a cuarenta años:

—Es usted como los cuadros de Murillo,

que cuanto más antiguos, más valor tienen.

—EL QUE ECHA LECHE EN EL «BAR CERVANTES».

—¡Olé las caras bonitas! ¿Quién me iba a mí a decir que me miraría en ese espejo?—CONDE DE LA PALMA-TORIA.

—Reina: Tiene usted más gracia andando que la «Chelito» cantando.—JACINTO IGLESIAS ZAPATERO.

—Reina: Por usted soy yo capaz de atravesar la cabila de los beniuirriagueles a pie y sin armamento.—CAMELADOR II.

—Oiga, preciosidad: Por usted sería yo capaz de tirarme desde la punta más alta de la catedral de Santiago de Compostela.—PAJARILLO.

—Es usted más dulce que el almíbar y más salada que el puerto de Cádiz, y si fuese usted merluza me emborrachaba sólo por cogerla.—UN CALVO.

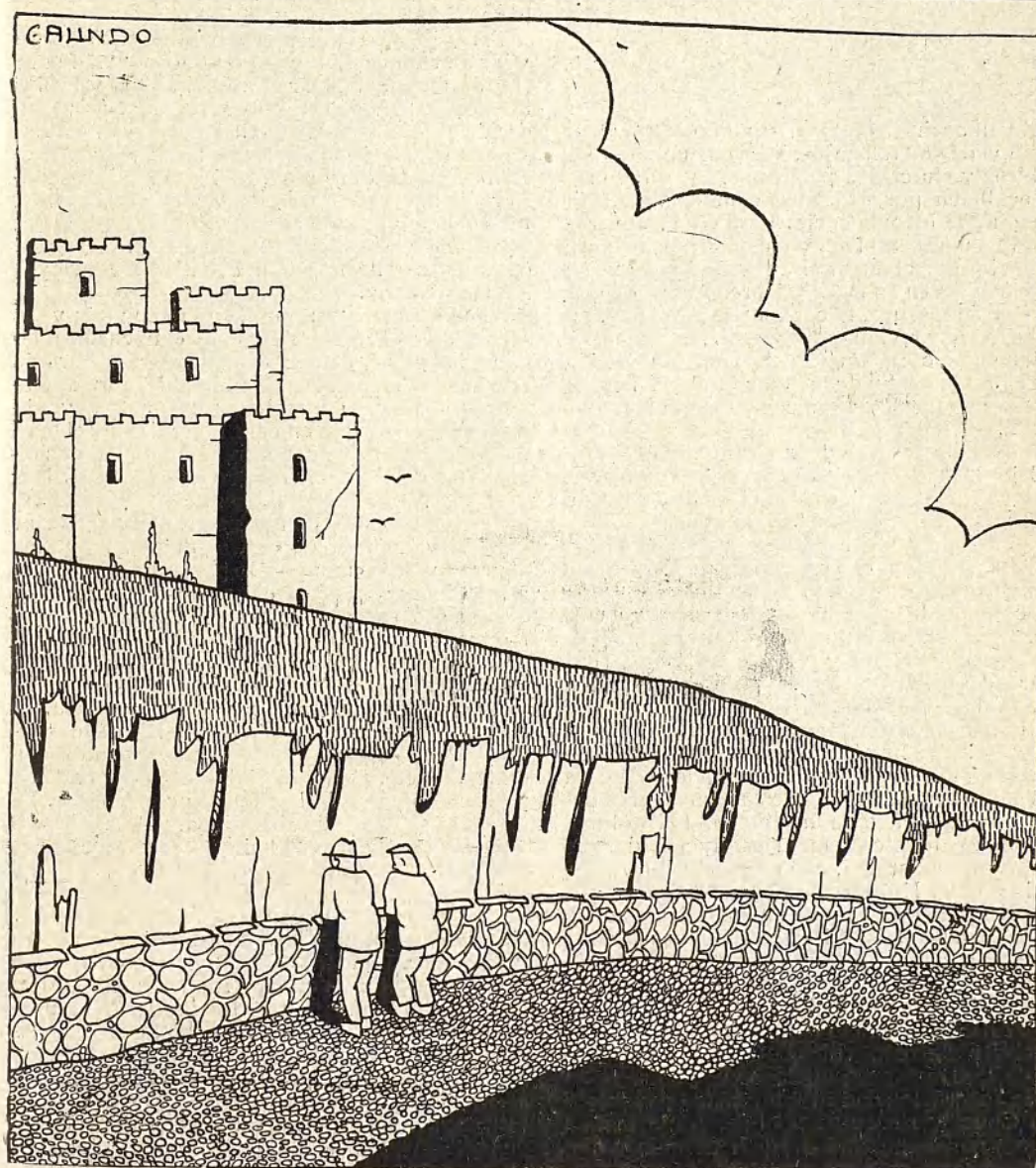
La Risa

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

: DOCTOR FOURQUET, 4.—MADRID :

APARTADO 7.002. — TELÉF. 30-76 M.

SEMANARIO HUMORÍSTICO :: SE PUBLICA LOS DOMINGOS



—Cuentan que en este castillo, Don Rodrigo «El Pasmao» encerró a su mujer porque se la pegaba con el repartidor de «El Imparcial». ¿Sabes si es cierto, tú que eres de este pueblo?

—Lo ignoro. Soy poco aficionado a meterme en asuntos de familia.

Dibujo de GALINDO.



LAS ALEGRES NO- CHES DE MADRID

ALLÁ van coches, «autos», «motos» y tranvías, atestados de «marchosos», «peripatéticas», «pollos bien» y «furcias», que de estos y otros modos se llama por acá a la gente amiga de la bullanga y la incontinencia. Para ellos, el verano en los madriles, fácil y chistoso, viene a ser algo mejor que el mismo Baden-Baden a que se refirió Silvela en su frase célebre. Antes de que Valle-Inclán lanzase, hace ya bastantes años, su revolucionario «¡Viva la bagatela!», los que se quedan en la corte durante la canícula sabían que el problema fundamental en todo el tiempo es «pasar el rato» lo menos incómodamente posible.

Así, por la carretera de la Coruña, más o menos lejos de la Bombilla, se despeña con fragor de catarata la ola de juerguistas, ola no siempre fragante, de carne sudorosa con mucha prisa. Al «morir habemos», estos epicúreos de la decadencia replican con terribles «apónazos» de soda, hasta cierto punto achampanada, y con esos conatos de canto bastante «jondo» que, de sobremesa, suelen emitir los gañotes al conjuro de la noche estrellada y el vinazo.

Merenderos, ventorros, colmados y mesones rebosan de parroquianos estas noches calurosas. Los camareros ejercitan el delicado arte sutil de «clavar banderillas», cobrando más de la cuenta a los beodos y a los «canelos» de cara inocente, y las madamitas de cascos alegres beben y comen para toda la semana, las pobres, soportando heroicamente las gracias de sus compañeros de broma, que muy a menudo carecen de gracia. No se olvide que el buen humor de estas noches de zambra en las afueras de la coronada ciudad va directamente a parar a la Comisaría, cuando no a la Casa de socorro. En esa gracia especial, que llamaremos de noche, y reservada para la Bombilla y la Cuesta de las Perdices, el humorismo adopta manifestaciones singulares muy conocidas de los médicos forenses, de los agentes policíacos y de los talleres de reparaciones de motocicletas y automóviles. Chocar, romperse el alma, rompersela a un amigo o amiga, fué desde hace tiempo uno de los números más sabrosos de toda parranda. Las alegres noches de Madrid tienen fama en el mundo, porque en ninguna otra parte se ha sabido asociar tan genialmente como aquí el retruécano con el árnica y el «menu» de una gran

cena con la algarabía de un hermoso botellazo.

Y tú, provinciano ingenuo, que sueñas con vivir en esta capital, y supones de buena fe que los sotillos del Manzanares rivalizan con las alamedas de Versalles, no reniegues del paseo donde ahora, en estas noches de sofoco, la Banda municipal ejecuta la gran fantasía de *Rigoletto* o de *La duquesa del Tabarín*. Ya visitarás alguna vez estos deliciosos merenderos, adornados con cadenetas y farolillos de papel, donde unos señoritos pellizcan a unas tolerantes, que bostezan de tedio en cuanto se concluyen los langostinos.

No te impacientes: todo llega en la vida, y tus afanes se realizarán. Y una buena noche, metido en un bamboleante coche de alquiler, penetrarás en cualquier merendero de esos que ahora la distancia llena de minarettes, artesonados y ajimeces, y verás que en este Madrid adorable es donde con mayor porfía trabaja la imaginación para que el júbilo de vivir no sea un mito. Madrid, tan campechanote y simpaticón, es, especialmente en estío, de una paternal indulgencia. Con las verbenas, los «cines» al aire libre, los «bares» y las «motos», lo pasamos muy ricamente. Nos asomamos al balcón en mangas de camisa y berreamos en grupo apenas alquilamos un «taxi». Tenemos, desde junio a octubre, una jovialidad, un arte, unos arrabales y una benevolencia de dril de alpargata y de gorra. Ya que no podemos—o no queremos—veranear en San Sebastián o al otro lado de Hendaya (porque a Portugal sólo van los aburguesados con pretensiones), hemos decidido ser democráticos y sencillos y no darle importancia a nada. La plebeyez se viste de distinción, y la musa del valdepeñas se esconde bajo la espuma de media botella de champaña pagada a escote...

Claro es que buena parte de semejante conducta proviene de la inclemencia de la estación. El termómetro, al subir, quita grados a nuestra discreción ciudadana. Dejemos para el otoño la tiscalía, el ceño, la crítica. Ahora, con el calor, llevamos la ropa ligerita y tenemos los escrúpulos en paños menores. El hombre que vive empapado en sudor es un irresponsable. Los que se divierten y los que dejan a los demás que se diviertan, padecen con igual rigor la tiranía del estío. La dolorosa fealdad de ciertos rincones de la Bombilla, así como el dudoso ingenio y sospechosa cocina de tantas noches de juerga en Madrid, son, en definitiva, simples cuestiones de temperatura...

E. RAMÍREZ ÁNGEL

EL GRAN MILAGRO

ESTE café de la «Terraza», con su plataforma saliente sobre las aguas del río—de ahí su nombre—, palmeras metidas en grandes cubos de madera, su suelo de mosaico y sus toldos de playa sobre cada mesita, es un refugio elegante, un rincón situado en el centro mismo de Lourdes, pero libre de su espantosa suciedad de este año.

Porque lo de este año es ya algo horrible,

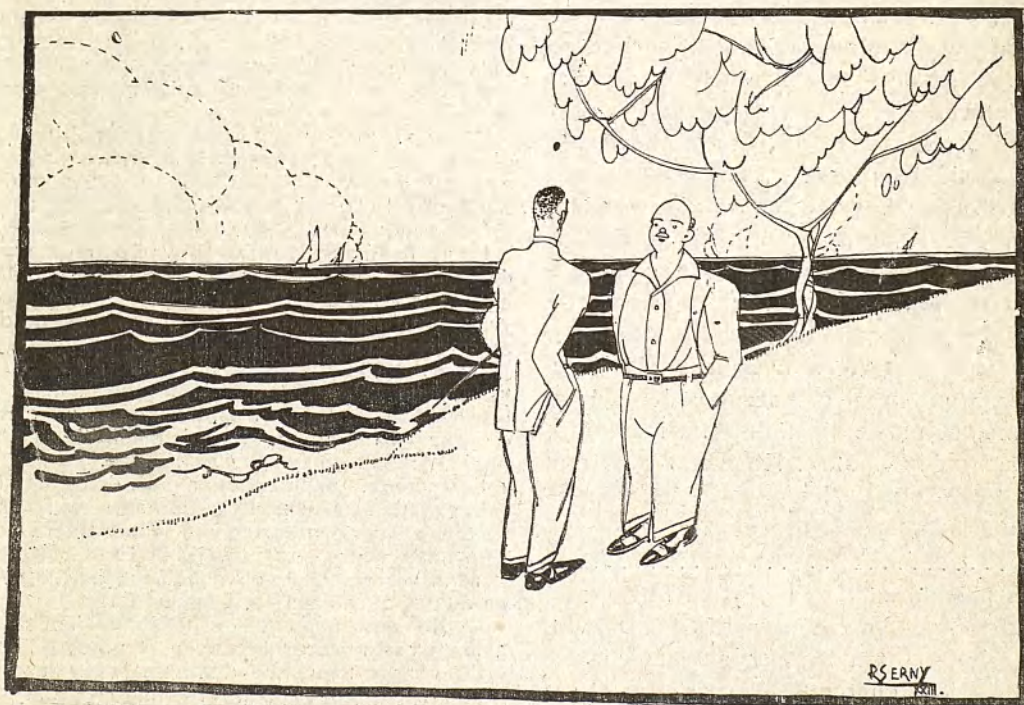
«Lourdes es bonito; pero ¡es tan sucio!»

Esta es una cosa que se oye decir a cada paso en Francia. Yo, que llevo ya cuatro años viviendo al pie de la santa gruta en los días de la peregrinación nacional francesa, confieso que esto de la suciedad es cosa que no había visto hasta ahora mas que de un modo relativo. ¡Pero este año!...

No ha llovido desde hace dos meses, y eso, en una tierra de lluvias como ésta, es lo mismo que si en la Mancha estuviera

tres años sin llover. Grandes, enormes nubes de polvo siguen por doquier el paso de los cuarenta mil peregrinos que hay aquí ahora, y usted, simple curioso, no puede serlo mas que en uno de los sentidos de la palabra; ese polvo, que han pisado ochenta mil pies—a dos por persona—se le mete a usted en las fauces, en los pulmones y entre la ropa, en las partes más recónditas del cuerpo. Contra él no hay defensa; cuando llegamos al pie de la Virgen, todos estamos enfermos: enfermos de suciedad y de cochambre.

El gran milagro de este año sería una lluvia bienhechora que durase una noche entera. Todos lo agradeceríamos mucho, y estoy seguro que entre los infinitos peregrinos que han venido este año formando parte de la nacional, hay más de un agricultor que viene a pedir a la Virgen que llueva, que llueva mucho, que llueva a torrentes,



—Y usted ¿no ha tenido ningún peligro en el mar?

—¡Ya lo creo!... Una vez salvé en un naufragio a una señora y se quiso casar conmigo.

Dibujo de SERNY.



—Qué, ¿no salen ustedes este año?
—Sí, señor; no paramos un mianto en casa, porque no se puede estar de calor.

Dibujo de ALMOGUERA.

para que las cosechas no se pierdan o, mejor dicho, no se acaben de perder.

Aclaración: a medida que voy trazando estas líneas, el cielo, implacable hasta ahora, se va cubriendo de nubes poco a poco: un vientecillo húmedo, que parece venir directamente del pico de Midi, anuncia algo, que pudiera ser la solución hidráulica del conflicto.

En vista de ello, decido suspender la redacción de las presentes líneas hasta mañana. Porque, hay que decirlo todo: yo, lector, he prometido a la Virgen de Lourdes, si llueve antes de que yo me vaya, comprarme un paraguas grande, lo más grande que encuentre, y llevarlo durante doce meses... siempre que llueva, naturalmente. Hay que advertir que a mí el paraguas ha sido el chisme que más antipatía me ha inspirado, después de la «moto». No lo uso nunca, ni para tomar una ducha.

Hasta mañana, pues, lector.

Ha pasado una noche, y ha llovido: ha llovido como en las vísperas del Diluvio. Los árboles están de gala; se puede ir detrás de los cuarenta mil peregrinos sin miedo a una faringitis.

Quiere decirse, lector, que este invierno me verás pasear por Madrid los días de llu-

via o de amenaza de tal con un paraguas del tamaño de una tienda de campaña.

Y cuando me veas por la calle, te ruego que no te rías. Debes decir a todo el mundo:

—Es un milagro de Lourdes.

JOAQUÍN BELDA

Lourdes, agosto de 1923.

¡OH, LA PAZ DEL LUGAR!

PACORRO, reía enseñando su mandíbula de fierro, sentado en una rústica banqueta, mientras el tío Uva, su padre, se tambaleaba, como siempre, apurando hasta la última gota del sabroso vinillo que quedaba en el porrón.

Su mujer, la tía Toña, hacía calceta con media docena de agujas de enorme tamaño clavadas en los cuatro pelos, como ella decía, que tenía por moño.

Al pasar por la puerta la Farruca, la chica más bonita del contorno, y al verla la tía Toña, exclama:

—Por ahí va la Farruca, miradla; viene de misa; es la mocita más «resalá» del pueblo, ¿verdad, Pacorro?

—Y que lo diga usted, madre—responde éste, lanzándola una mirada llena de deseos no correspondidos.

Por la tarde, cruzan el espacio las alegres notas de un lejano organillo, y atraviesan las calles, decidoras y bulliciosas, las muchachas todas del lugar, bellas y limpias, derrochando por doquier el fragante aroma del ambiente campesino.

Pacorro, con sus amigos, marcha al baile a saturarse de los desaires de la desdénosa Farruca y a curar su mal de amores no correspondidos bailando la cadenciosa habanera o el chulesco «schotis».

La tía Toña saca una baraja y la pone encima de la mesa. Pronto llegarán las comadres del lugar, para con el pretexto de jugar un rato a las «siete y media», establecer su diario pugilato de murmuraciones.

De pronto, la buena mujer, cuando más distraída está en sus coloquios murmurantes, ve a su marido que, dando traspiés y con una caña de pescar en la mano, pretende sacar algo de la tinaja, llena del mosto nuevo del año.

Le increpa, y poniendo en sus denuestos la más grande extrañeza, le pregunta qué es lo que pretende sacar con anzuelo de la tinaja del vino.

—¡Pues, peces!—responde el tío Uva—; ¡y bien gordos y hermosos que debe de haberlos! ¡Ya verás qué buena merienda hacemos!

—¡No seas animal!—grita la tía Toña—. ¿Cómo vas a pescar peces en el vino? ¡Como no te caigas tu dentro de la tinaja, es cuando únicamente podría encontrarse una merluza!

—¡Pues yo te aseguro que sí hay peces, porque he probado el vino y tiene un gran sabor a pez!

FEDERICO TORRES.

RECUERDOS DE UN NIÑO DE TRES MESES

MI PRIMER AMOR

El primer día que cumplí los tres meses de edad, lo recuerdo como si fuese ahora mismo, sentí en mi alma la primera caricia con que el soplo del amor nos despierta el corazón.

Aquel día vi por primera vez en mi vida a la criatura más hermosa del mundo... Todo cuanto pueda exagerar la exaltada imaginación del más ferviente enamorado, ensalzando las divinas pupilas de su amada, la arrogancia excelsa de su cuerpo y el sonoro timbre de su voz... resulta de una palidez cadavérica comparada con la encantadora realidad. Rosa era una maravilla humana... Una figulina aldeana, que salía por primera vez en su vida de su aldea para visitar el pueblo de mis padres, que eran tíos suyos, y que, además del encanto sagrado de su belleza, traía consigo el divino perfume de la inocencia.

Me sacaron de la cuna para que me conociera, pues no me había visto nunca, y me besó con aquellos labios glotonos, una efusión y una esplendidez, que me sentí transportado al prometido reino de la dicha.

Hacia un calor enervante y comencé a sudar muerto de hambre, pero recuerdo que no lloré... Aquella linda criatura me tenía extasiado, y no era yo dueño de mi voluntad ni de mi espíritu. En aquel encantador momento, uno de los felices de mi vida, hubiera dado cuanto poseía por detener la marcha del mundo... por parar todo lo que me rodeaba y contemplar eternamente los divinos ojos de Rosa. Me seguía besando, sin sospechar el abismo que con sus besos de fuego abría a mis plantas.

Me acababa de incendiar el corazón, y no sabía Rosa que se abrasaba las manos en el fuego de mi arrolladora pasión.

En cuanto nos dejaron solos el primer momento, la miré fijamente a los ojos con unos de-

seos locos de declararme a ella y un ansia furiosa de morderle en los labios...; pero me acordé de que no tenía dientes, y, avergonzado de mi impotencia, rompí a llorar. Nunca he llorado en mi vida con más profundo sentimiento.

Todos los de casa me rodearon asustados y me acariciaban temerosos de algún contratiempo serio, pues no me habían oído jamás llorar con aquella angustia; pero no consiguieron que callara hasta que mi prima Rosa me tomó en sus adorables brazos. Una oleada de rubor encendió mi rostro... Mi pudor de niño bien educado no podía permanecer insensible en mi corazón. Sólo las exquisitas almas, capaces de sentir una infinita pasión, comprenderán las amarguras, los celos y las inquietudes que sufrí en aquellos momentos en que hu-



—¿Qué te pasó ayer que por poco te ahogas con esa cubana?
—¡Nada! Es que cuando se moja, pesa mucho la americana.

Dibujo de GODÍNEZ.



Don Homobono, leyendo: «Graves disturbios en Cogues de Enmedio. Tiros a mansalva.» ¡Pobre señor Mansalva!

Dibujo de GARRÁN.

biera dado media vida con tal de haberle podido decir a Rosa: «Yo te amo locamente...» Pero todavía no sabía hablar. Era en aquellos instantes un miserable analfabeto, incapaz de declararme a Rosa con dulces palabras como otros seres más felices que yo... Y aunque mis ojos se lo decían todo con una pasión ciega, Rosa no se enteraba de mi angustia y me entregó en los brazos de la nodriza, mientras yo, avergonzado, comencé a mamar desesperadamente.

La habitación de Rosa, digna por su blancura inmaculada de su inocencia virginal, se comunicaba por una puerta secreta con la mía. Cuando lo supe fui completamente feliz. Podía escuchar desde mi cuna, en la noche callada y soñadora, su agitada respiración. El menor movimiento suyo lo tenía yo que percibir antes de que ella lo iniciara. ¿Para qué decir que la primera noche no pegue un ojo?... No; aquella noche pegué los dos.

Luis ESTESO.

—¿Cuál es el colmo de la mala sombra?
—Vivir en la Prosperidad y no tener dos pesetas.

¡¡¡OH, LAS CREMAS!!!

(ASTRAKANITIS AGUDA)

El colchonero suspiraba por la Ana. La oía, la veía aparecer ante sus ojos como una sombra siniestra...; ¡pero nada!..., iba por la Ana... y salía trasquilado. Todo era humo, vacío, éter... Y al intentar abrazarla, apechugaba extasiado a su dependiente, Sixto Piedra (muchachito de diez y ocho abries, que algunos calificaban de incalculable valor, por ser Piedra y de pendiente).

Pero Bienvenido Gallo (que así se agradecía nuestro hombre), al «descender de su jumento» expulsaba por centésima vez a Sixto, diciéndole:

- ¡Vas a salir de aquí echando chispas!
- ¿De modo que usted m'echa?...
- Sí, Piedra.
- ¡Pues yo no me chero ir!...

El pobre muchacho, cada vez que surgía la fatídica visión ante los ojos de Gallo..., era tratado con dureza.

Bienvenido soñaba con aquel hada, a quien sólo vió una vez y fué lo suficiente para incendiar su alma, próxima a dispararse por haberla convertido en alma de fuego.

—¡Esa mujer es una beldad!—decía al pobre Sixto—. ¿No es cierto que es una beldad?...

—Yo no le he dicho a usted que sea mentira; será beldad, cuando usted lo dice.

—¡Es el hada de mis sueños! ¡Es una mujer ardiente!

—¡No puede ser!—se atrevió a decir el muchacho.

—¿El qué no puede ser?—rugió furioso el contrariado jefe.

—Que no puede ser ardiente, siendo el hada.

Bienvenido, que además de colchonero era antirretrucanista, le pegó un directo que fué a caer el dependiente entre un montón de borra, en el cual quedó borrado.

Eran las ocho y Bienvenido no había llegado a su tienda. El chico se impacientaba, y hasta pensó cerrar y marcharse; pero temía hacerlo, porque su principal había despedido a cinco dependientes por ese motivo, y Sixto no quería ser sexto. Pasó una hora y vino blanco, pálido y rebosante de júbilo Bienvenido.

- ¡Ah, Sixto, «el que la sigue la mata»!
- ¡Caray! ¿Qué ha hecho usted?
- Nada, seguirla. ¡Vive ahí enfrente! Se llama Ana Dorresol.
- ¡Eh!! ¡¡Dorresol!!
- ¡Dorresol, sí!! ¿Qué te pasa?
- ¡Que esa Dorresol, es la...!
- ¿Cómo la?... ¡Déjame de músicas!
- ¡Es la... agüela de mi novia!
- ¡¡Su agüela!! ¡Ahora resulta que ese divino pastel...!
- ¡¡Es todo crema!...
- ¡¡Pa que nos fiemos de las jovencitas contemporáneas!...

VICENTE SORIANO.

LA INFANCIA PRECOZ

CÓMO están los niños!

El ambiente libertino y harto descuidado de la época emponzoña las almas de los adolescentes, y no podemos por menos de santiguarnos ante la precocidad increíble de la niñez de hoy.

Yo conozco a bebés que tienen ya una profunda experiencia de la vida y hasta propensión a la tristeza y al suicidio; pequeños hay que se ríen de los juguetes filosóficamente, saben guñar un ojo a las señoras mayores y dan opiniones respetables en las visitas. La infancia de ahora es escéptica: empieza por no creer en los Reyes

Magos y acaba escupiendo por el flamante colmillo.

Recuerdo a cierta criatura tierna que se embriaga todos los domingos, sabe decir piropos de doble, de triple sentido, y se fuma un cigarro de a veinte, sin marearse ni mucho menos y echándole a su padre el humo descaradamente; todo porque el niño gana ya un duro y porque el papá está también muy mal criado.

Niños de esta especie son los que no juegan, desdeñando a otros compañeros más chicos o más inocentes, y en la escuela dejan la plana y escriben de corrido y sin pestañear:

«Srta. Casilda Pérez Pérez: Desde la primera

vez que la bi, mi corazón apasionado piensa en V. Quisiera tener relaciones formales con V. Sepa V. que yo soy muy ombre y no ago un guego del amor...», etc.

También hay padres harto complacientes que se divierten mucho con estas cosas y dejan que los chicos se amen, en vez de andar a golpes, como hacíamos antes los que, ¡ay!, ya no somos niños.

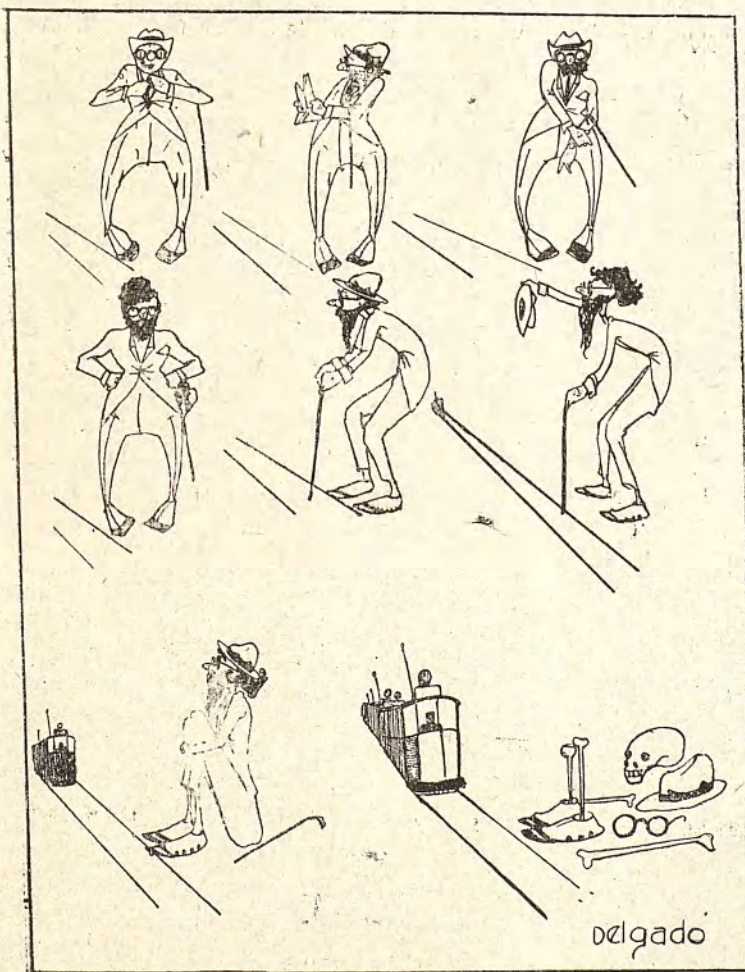
Bien se puede afirmar que no existe la infancia.

Los adolescentes actuales saben procurarse las pesetas con rara aptitud, y suplen a los hombres hechos en las oficinas, que más parecen escuelas de párvulos, mientras se ven por ahí cesantes agobiados, que reclaman el asilo como único remedio, ya que las empresas comerciales no los admiten por no ser menores.

Don Rudesindo Fulánez tiene un hijo de doce abriles que es el sostén de la familia. Diariamente, y bien retribuido, toca el violoncello en un teatro y en las iglesias; da clases de música y de mecanografía, y lleva, en fin, varias representaciones mercantiles él solito.

El padre gana menos, naturalmente, y quien manda

ESPERANDO EL TRANVIA □ □ EN EL SIGLO XX □ □



delgado

Dibujo de DELGADO

en la casa es el hijo, con autoridad inapelable. Ríe a sus hermanos menores; prohíbe a sus hermanas que vayan al «cine» o que tengan novios, y hasta se mete a censurar si el padre gasta alguna vez más de la cuenta.

El jovencete impera en la casa y lleva siempre dos duros en el bolsillo, los que don Rudesindo no lleva jamás, con lo que es humillado su rango de padre.

—Oye—dice éste a su vástago—, tienes que darme para los toros: que hoy va el *Zocato chico* al desquite; ya sabes que el otro día dió un bajonazo contra su voluntad, y debe demostrar mañana que tiene vergüenza suficiente para actuar en el ruedo madrileño.

—No, papá—dice el hijo egoísta—. Lleva usted este mes mucho dinero tirado, y no está la época para dilapidar como usted dilapida.

El hijo tiránico, no se priva, en cambio, de sus vicios, ni de su partido de *foot-ball*; y mientras presencia el emocionante encuentro del *Madrid F. C.* contra el *Gymnastic W. C.*, el pobre padre se resigna y vasa a los alrededores de la plaza a calcular por el rumor de las ovaciones si le dan la oreja al *Zocato chico*.

He aquí, en fin, a otro papá, víctima de la precocidad más triste:

Don Celso Lániz tenía un chico en el Instituto preparándose para cursar luego la carrera de ingeniero civil, y esta carrera constituía el sueño dorado de toda la familia. El padre no vivía tranquilo una hora:

—Gracia—solía decir—, amonesta a la chacha para que se marche con el molinillo al lavadero, porque Santiaguito está estudiando. ¡Digo, y que es el sistema métrico decimal!... ¡Vosotras las mujeres no podéis figuraros lo que es ese sistema!

—¡Qué drama tan bonito va esta noche!—insinuaba la esposa.

—¿Cuál?

—*Los desengaños que se sufren en este mundo.*

—Yo iría de buena gana; pero... ¿y Santiaguito? Ese niño tiene que aplicarse mucho. Esta mañana le he preguntado cuál es la capital de Holanda y me ha respondido que Alemania.

—¿Y qué tiene que ver Alemania con la ingeniería?

—Lo ignoro; pero se lo exigen.

—Entonces, ¿todavía no sabe nada de ingeniero?

—Naturalmente, mujer.

—¡Ay que ver, con el tiempo que lleva ya estudiando y con el dinero que nos cuesta!...

En la casa todo estaba completamente supeditado a la carrera de Santiaguito. Entre las matrículas, los libros, el aceite de hígado de bacalao y demás dispendios, todo era para Santiago.

Pues bien; cuando don Celso estaba más engreído con los asuntos de su pequeño, cierto día le abordó éste, lloroso y tras muchos rodeos:

—Papá, yo me caso.

—¿Qué? ¿Cómo?...

—Que sí, que me caso.

—¡Niño! ¿Qué demonios dices?

—Lo que usted oye, papaflo: ya no hay «más remedio» que casarme con Purita, la hija menor de los de Garrote; luego vendrán a hablar a ustedes...

Fué una bomba de dinamita la salida del niño; y más cuando los de Garrote fueron a notificar a don Celso que «era preciso» casar a Santiaguito con su niña...

Al pobre don Celso le costó el disgusto unas calenturas peligrosas en la parte gástrica.

¡Su hijo, padre! ¡Suspendida la carrera!...

Hoy, rendido por la realidad, ha tenido que renunciar el infeliz, después de los sacrificios hechos, al porvenir de Santiaguito, el cual es ya legítimo esposo de Purita.

Es más: ha habido necesidad de buscar al niño un destino de treinta duros y pagarle entre todos la casa, la niñera y el teatro.

José BRUNO.

LA RISA gozaría una requetebarrabida si pudiera publicar todos los dibujos y artículos que recibe.

¡Pero no «pué» ser!

La culpa de que no «puá» ser es únicamente de los autores, que nos mandan cada cosa... que hasta nos hacen enfermar. Aquí todos sufrimos de la hipercloridia. ¡Si nos darán malos ratos!

Los originales artísticos y literarios, además de estar bien, han de tener gracia, mucha gracia.

¿Estamos?...

estu-
upe-
e las
e ba-
San-
s en-
uerto
s ro-

más
me-
blar

ño;
ficar
ntia-
unas

que
cios
s ya

r al
en-



—Pues, ya ves, chica: Luis quiere divorciarse de su esposa.
—Ya era hora de que pensara ese chico en la felicidad.

Dibujo de DE-DIEGO, de París.

UN VIAJE EN EL «METRO»

LA escena representa el interior de un coche del ferrocarril metropolitano.

Trayecto: Puerta del Sol-Cuatro Caminos.

Es domingo, a las cuatro de la tarde.

Los personajes no se enumerarán, porque ya los irá conociendo el espectador a medida que salgan.

Epoca actual, porque en la época de Felipe II no se conocía ni el «metro» de medir (entonces se usaba la «vara» con bastante frecuencia).

ESCENA PRIMERA Y ÚLTIMA.

El coche va tan repleto de gente, que al cerrarse las puertas con violencia rompen el sombrero de paja a uno de los ocupantes.

UNA JAMONA.—¡La verdad es que no debían de consentir esto! ¡Vamos como sardinas!

UN CHUSCO.—¡Pues viaje usted en coche-cama que es más cómodo!

UNA SEÑORA.—¡Mujer, haga usted el favor de comprimirse, que me va usted metiendo la sandía por un vacío!

LA ALUDIDA.—¡Así se le llenará a usted de algo!

LA SEÑORA.—¡Qué graciosa! ¡Pero le advierto a usted que yo me pico en seguida, y como me pique, pierdo la educación y alguna pueda ser que pierda el moño!

UN BORRACHO.—Pero, ¿qué pasa?

UN CHUSCO.—Una señora que ya está picada.

EL BORRACHO.—¡Pues que la pongan banderillas!

LA SEÑORA.—¡Que se las pongan a usted, que tiene cara de buey!

EL BORRACHO.—¡Poco a poco, señora! ¡Eso de confundirme a mí con un ser ruminante, no se lo consiento ni a mi tía la de Villaverde!

LA SEÑORA.—¡Pues no haberse metido conmigo! ¡Pero parece que usted tiene ganas de provocar!

EL BORRACHO.—¡No lo sabe usted bien; y más con el traqueteo y el calor que aquí hace...!

UNA JOVEN (Al pollo que va a su lado).—¡Oiga, amigo; haga el favor de estarse quieto, que toca usted más que la pianola de un tupi!

EL PADRE DE LA JOVEN.—¿Qué te pasa, Marina?

LA JOVEN.—¡Nada! ¡Un pollo que ha debido de tomarme por el pito del sereno, porque no hace mas que tocarme!

EL PADRE.—¡A ver, amigo! ¡Haga el favor de no tocarme la Marina!

EL BORRACHO.—¡Los hay frescos!

EL POLLO.—¡Lo que los hay son curdas!

EL BORRACHO.—¡Poco a poco, «pollo pera»! ¡Si no fuese porque no puedo sacar las manos, debido a la estrechez, iba usted a saber cómo se aterrizaba en el subsuelo!

EL POLLO.—¡Y yo le iba a dar el amoníaco a puñetazos!

EL BORRACHO.—¡Conductor, haga usted el fa-



EL BARBERO.—¿Qué acostumbra usted a ponerse en la cabeza?

EL PARROQUIANO.—Generalmente, el sombrero.

Dibujo de SIQUIER.

vor de parar, que le voy a retorcer el pescuezo a un pollo!

UN GUARDIA.—¡Hagan el favor de callar o me veré precisado a hacer uso de mi «autoridaz»!

EL BORRACHO.—No se enfade usted, mi distinguido guardia; pero en cuanto «cambie la peseta» le voy a comprar una jaula a ese mirlo con gafas.

(El escándalo arrecia, y más de cuatro jovencitas se desmayan en brazos de sus novios.)

(Se empieza a percibir un olorillo algo extraño, y todos miran a un señor muy gordo, que es de donde parece que parte el tufo.)

UN CHUSCO.—¡Pues esto es lo que nos faltaba! ¿A quién se le ha destapado el perfumador?

EL GORDO (En vista de las insistentes miradas de los viajeros).—¡La verdad es que por muy buena educación que se tenga, le ponen a uno a veces en el disparadero!

UN CHUSCO.—¡Pues haga usted el favor de no volver a disparar!

EL EMPLEADO.—¡Cuatro Caminos!!

TODOS.—¡Gracias a Dios!

UN JOVEN (A su amigo).—¡Chico, he venido todo el trayecto tirando pellizcos a una jamona y no ha rechistado!

EL AMIGO.—¡Ah! ¿Pero has sido tú? ¡Y yo que me los aguantaba creyendo que parían de la tal jamona...!

ISIDRO THOMÉ.

EL PALETO

PENETRÉ en el café andando bien, pues como sé que el que mal anda mal termina, no quiero dar malos pasos, y por eso camino siempre que parece que voy rodeado por la Banda Municipal. ¡Si parezco un torero andando, señor mío!

Bueno; penetré en el café, y como no tenía ganas de ir a la cárcel, no me entretuve en sacar los hígados a nadie, y pedí leche fría, en la seguridad de que por esto no me llevarían detenido. Sólo me llevarían, si allí no eran unos estafadores, la corta y regia cantidad de dos reales.

A los pocos momentos de lo ocurrido, mejor dicho, de lo no ocurrido, Esteban Rejilla, un amigo mío que siempre está a la caza de socios capitalistas para realizar sus numerosos negocios, me saludó cariñosamente y sentóse a mi lado.

Rejilla estaba contento.

Me dijo el motivo de su regocijo. Allí, en aquel café—hacía un par de semanas—había él conocido a Dámaso Pérez, un *pobre paleta* que se hallaba en Madrid esperando una herencia (diez mil duros) de una tía suya que había muerto a la temprana edad de ochenta años por haber bailado un *fox-trot* después de comer dulce de guindas...

—El paleta—me dijo Rejilla—es mío; le he camelado. En cuanto cobre los diez mil duros emplearemos cinco mil en el negocio que le propuse a los pocos días de conocernos.

—¿Puede saberse el negocio?—le pregunté.

—Sí, hombre. Se trata de la fabricación de unos calzoncillos con música, que además sirven para seducir señoras y para salvarse del inquilinato.

—¡Atíza! Eso es un asombro, amigo Rejilla—dije yo.

—¡Anda! Pues si este negocio se nos da bien, pensamos poner una casa de comidas que va a ser un alboroto mundial. Tú calcula: por dos pesetas que deposita el cliente en una lata de sardinas, convenientemente lavada y decorada, al penetrar en el establecimiento, se le sirve una magnífica comida en un artístico carrito de mano, portador de un gramófono que entretiene al comensal y que le dice cuando termina de engullir: «Buen provecho.»

—¡Hay que ver, hay que ver!...

Eso es poco. Mientras el individuo come, surgen del carrito de mano unos cepillos y le asean la ropa y el calzado, y mientras, un aparato de mi invención, desciende del techo, adornado de banderas y farolillos venecianos y le corta el pelo.

—¿Y si es calvo?

—Pues..., si es calvo el cliente, en vez de un aparato desciende una regadera de cartón piedra que humedece la cabeza del individuo, el cual, a los pocos momentos, se ve con unas melenas tan enormes, que pide inmediatamente el descenso de mi aparato para que le corte las guedejas.

—¡Me estupefactas, chico!

La inventiva de Rejilla me asombraba. Mi amigo era un bárbaro.

Me despedí de él, deseándole suerte en sus asuntos.

* * *

Pasó algún tiempo y volví a ver a Rejilla en el mismo café.

Rejilla no parecía Rejilla. Le encontré triste, delgado, sentado y pensativo.

Hablamos. Quise enterarme de cómo iban sus asuntos, y se me ocurrió preguntarle por el paleta de los diez mil duros.

En cuanto nombré al paleta, Rejilla pegó un salto, puso los ojos en el techo, luego los puso en blanco, se mesó el cabello, la mesa se la saltó a la torera, lanzó tres gritos y medio de verdadero piel roja, y luego, largando un suspiro que me partió el ala del sombrero y la cabeza a una señora que estaba frente a él, mi pobre amigo cayó como descabellado sobre el diván.

—¡¡¡Ah!!!...

Se alarmó el público; mediaron los camareños, medié yo, y Rejilla, en su ataque *me dió...* una patada.

Logré reanimarle con un par de botellas de ron, y cuando pudo hablarme dijo con pena y rabia:

—¡Ah!... El paleta, el paleta... lo he sido yo, pues has de saber que aquel miserable, después de sacarme cinco mil pesetas, que yo no dudé en entregarle porque esperaba los diez mil duros de su herencia, me dijo que me había tomado el pelo.

—¡Oh!... ¿Era mentira lo de la herencia? ¿Aquel tío no era un paleta?

—¡Que iba a ser! ¡Aquí no hay más paleta que yo!

Yo miré a mi amigo, como diciéndole:

—Es verdad.

NICOLÁS DE SALAS

Santander, agosto, 1923.



LA BUENAVENTURA:

—Tú estás haciendo penar a una princesa rubia por tu tipo jacarandoso y tus patitas de «bailaor».

Dibujó D. ALMOGUERA

PANORAMA OFICINESCO

EN el reloj acaban de sonar nueve campanadas, lentas como un guardia y graves como la trepanación. En la oficina nadie trabaja. Se discute acaloradamente. El jefe, don Adalberto, un señor más infeliz que jugar a la brisca, no ha llegado todavía, y los empleados aprovechan su ausencia para desahogarse, aunque lo mismo se desahogarían si él se encontrara presente.

Primero se habla de toros. Gutiérrez es un acérrimo admirador de Villalta, desde que se enteró que éste era aficionado, como él, al pote gallego.

Gutiérrez siente por el torero aragonés una admiración mayor que el estómago de Francos Rodríguez, y conserva como una reliquia una zapailla de las que llevaba su ídolo en una de las corridas que toreó el pasado año.

Pero Gutiérrez tiene un enemigo terrible. Este enemigo es el señor Boyano, oficial de primera, y no decimos esto en son de requiebro, sino en son de categoría.

Boyano tiene un hijo con la tos ferina, es casado y, a pesar de tales desgracias, siente una admiración sin límites por *Chicuelo*.

Y Gutiérrez y Boyano se ponen a discutir con gran calor—no se olvide que estamos en la canícula—. Sus rostros enrojecen, sus voces ora son atipladas como las de las pescadoras vascongadas, ora profundas como la estación del *metro* en la Red de San Luis.

Gutiérrez y Boyano chillan, chillan mucho. Parecen querer comerse con los ojos. Sus brazos se mueven desaforadamente; pero, afortunadamente, la llegada, como todos los días, del alma de Dios de don Adalberto, pone fin a la discusión y viene a dejar todo en una tranquilidad sanchezguerrista, en agua de borrajas.

Durante dos minutos y medio, un hondo silencio reina en la oficina, silencio que se ve turbado, como un muchacho de quince años a quien le digan que es guapo, por la llegada del fresco de Quesada, del «pollo

golfo» de Quesada, del sinvergüenza de Quesada.

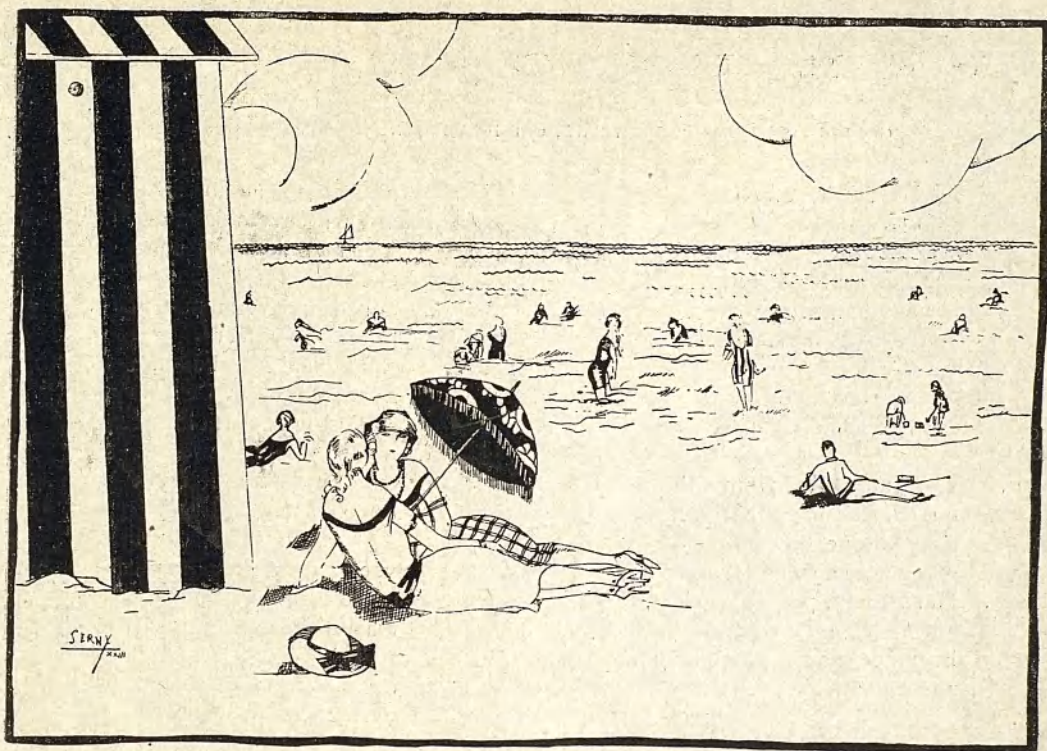
Cuando entra, tarareando el «Maldito tango», todas las miradas se posan en él, porque Quesada tiene la hasta cierto punto buena costumbre de llegar siempre tarde a la oficina. Don Adalberto, desde su sillón, también le ve llegar; pero se hace el sueco, pues contra la frescura de su subordinado no hay arma posible.

Inmediatamente comienzan las murmuraciones. Se dice que no hay jefes enérgicos, que Quesada es un paniaguado, que así está España, que debían de pedirse satisfacciones al Gobierno, etc., etc. Poco a poco la conversación va aumentando con la misma velocidad que un chichón producido por un garrotazo. Ya no se murmura de nadie. Ahora se habla de política. Gómez-Fominaya afirma que don Antonio Maura ya no pinta acuarelas, y Barahona le contradice, ensalzando en un discurso, prolijo y más feliz que un matrimonio sin descendencia, las notables cualidades pictóricas del político balear.



EL.—¿Quieres que entremos en el agua?
ELLA.—No, que tengo miedo a los pulpos.

Dibujo de GODÍNEZ



—¡Qué fastidio, tenerse que poner ahora el traje de baño, con lo fresquitas que estamos con el traje de calle!

Dibujo de SERNY.

En la conversación se permite intervenir Gayoso, el ordenanza, quien afirma, que mientras nuestros políticos se entretengan en pintar acuarelas no será España lo que debe de ser.

Y otra vez comienza la discusión en tonos agrios como Piniés. Las gafas de Gómez Fominaya se bambolean a cada palabra un poco subida de tono. Barahona acciona como un actor y habla patéticamente, mientras que Gayoso, el ordenanza, murmura por lo bajo, en tanto que da sendas chupadas a la colilla que tiene pegada a su labio inferior.

Los demás empleados les escuchan, y de vez en cuando se permiten alguna objeción o corear con risitas o rumores las palabras de sus compañeros, idénticamente que si aquel local, en vez de ser una oficina, fuera una sucursal del Congreso.

La discusión se agría. Gómez Fominaya; que es quien lleva la voz cantante y a quien todos escuchan como a un dios, apo-

ya su oratoria con frecuentes golpes encima de la mesa, que hacen oscilar la tinta en el tintero.

Barahona le contesta a gritos, y hasta Gayoso se permite de vez en cuando lanzar al aire una frase fuertecita.

Don Adalberto, que estaba atareado con el estudio de un expediente, intenta poner silencio varias veces; pero, en vista de que no le hacen caso, opta por no meterse en líos y vuelve a sus estudios.

La discusión no lleva trazas de terminar, pero la oportuna aparición del camarero con el humeante «moka», corta todas las conversaciones con una sutileza de navaja de afeitar.

La jovialidad se vuelve a leer en los rostros. Todos sonríen, y, mientras apuran el perfumado (?) líquido, no se acuerdan para nada ni de Villalta, ni de Chicuelo, ni de Quesada, ni de las acuarelas de Maura.

NARCISO DEL JARDÍN

P O R U N C A B R I T O

COMEDIA RELÁMPAGO, EN VERSO, ORIGINAL DE ANGEL CARBAJAL LÓPEZ

ACTO PRIMERO

Decoración.—Un camino por un bosque rodeado.

Marchan con paso cansino, sobre corceles montados, Mendo, Vélez y Gaulino, del emperador soldados.

Epoca.—La antigüedad.

MENDO. Corramos más, ¡voto val, que mi estómago, pardiez, más estropeado está que un combro de cero diez.

GAULINO. Galopemos, ¡voto a Cribas!, que en llegando a la posada buena cena y buena almohada nos espera.

VÉLEZ. Cuesta arriba se me hace el galopar, más la idea de cenar absorbe toda mi mente.

(Espolean los trotones, que van dando tropezones, y se marchan velozmente.)

ACTO SEGUNDO

Una sala de un mesón. Cuatro mesas mal pintadas, una luz medio apagada. Al levantarse el telón discuten a voz en grito,

MENDO. Comámosno el cabrito.

VÉLEZ. Imposible.

GAULINO. Esto es horrible; después de tanto correr, llenos de hambre terrible, con la idea de comer, entre todos no juntamos más de cuatro doblones.

MENDO. Es preciso que comamos.

VÉLEZ. Propongamos soluciones.

GAULINO. Como el dinero maldito solamente nos alcanza para comer un cabrito, y es una pobre pitanza

para cuatro hombres así, nos marchamos a la cama, y cuando llegue mañana el que más lejos de aquí soñara que se ha marchado, la cena se comerá.

Todos. ¡Muy bien! Aprobado. Buenas noches. Descansar.

(Queda desierta la escena, a poco la luz se apaga, sobre una mesa la cena. Pausa.)

Sujetándose las bragas, vuelve Gaulino a la escena, un momento se detiene, mas al ver que nadie viene, se dirige hacia la cena. Echa mano de su daga y trinca todo el cabrito, que se come despacito y después se va la cama.)

APOTEOSIS

La misma escena anterior. Gaulino, Vélez y Mendo, de la mesa en derredor aparecen discutiendo.

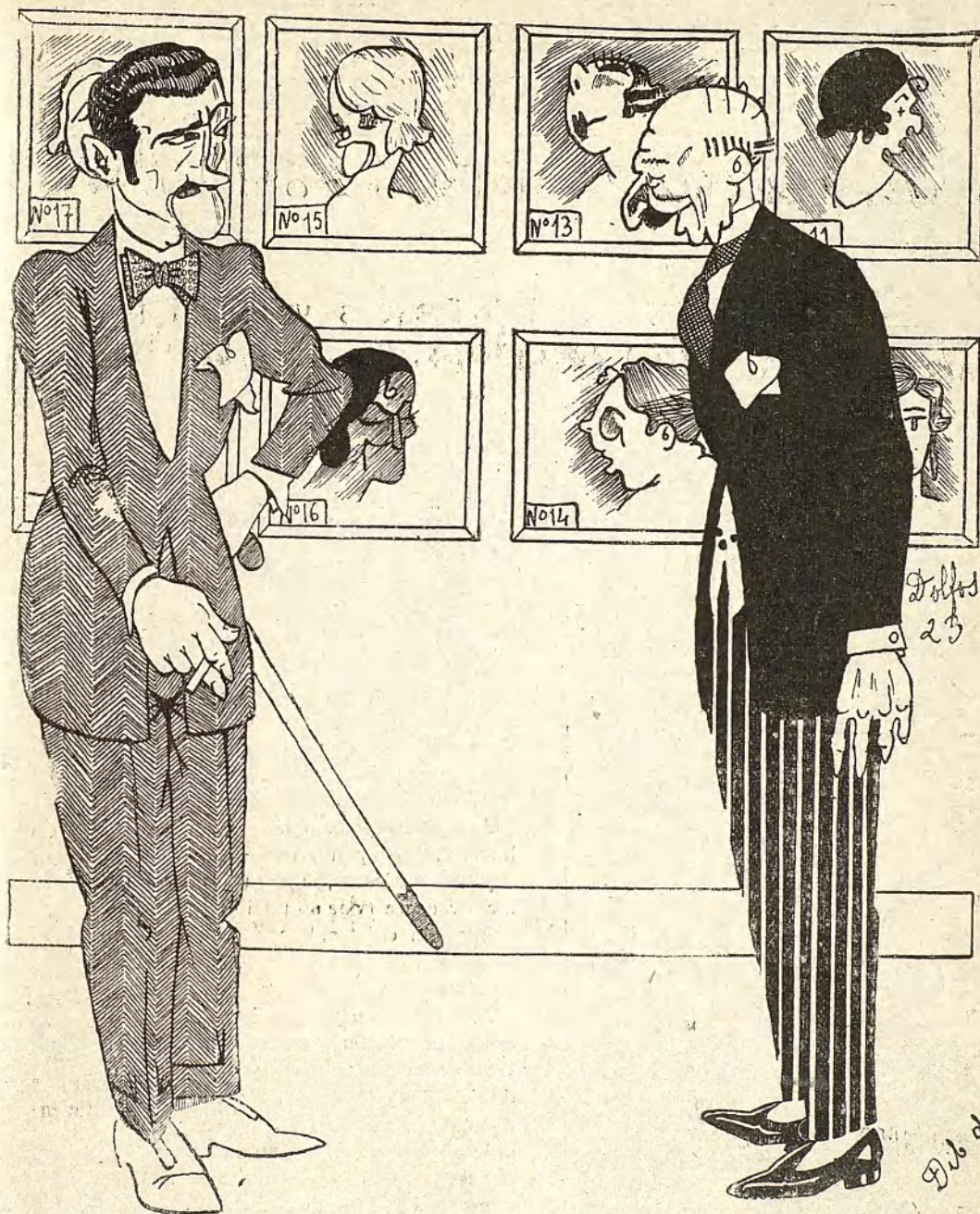
Todos. Cuenta tú.

MENDO. Soñé que con Belcebú me fui muy lejos de aquí, todo el mundo yo corrí, y tan lejos yo llegué, que el mundo, tan grande, vi del tamaño de una nuez.

VÉLEZ. Yo soñé que fui más lejos, pasé el Cielo a caballo, vi a San Pedro desde lejos, y cuando cantaba el gallo me desperté, y heme aquí; mas, Gaulino, ¿qué has soñado?

GAULINO. Yo que tan lejos os vi el cabrito me comí, pues, con razón, me temí que se os hubiera enfriado.

TELÓN RÁPIDO.

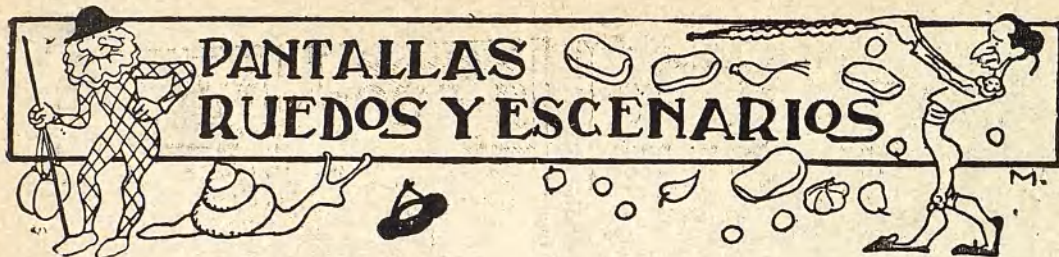


AGENCIA MATRIMONIAL:

—Puedo ofrecerle a usted un buen partido: una señorita que tiene veinticinco años y tantos miles de duros como años.

—¡Qué lástima que sea tan joven!..

Dibujo de DOLFOS, de Lisboa.



El último estreno, noticias frescas y anécdotas

ENRIQUE RAMBAL, que es casi millonario (hasta tiene el lujo de un «chófer» que no conoce Madrid), ha pensado en la conveniencia de abandonar el género policíaco, porque cuando se llega a la cumbre del bienestar económico, parece tener demasiados peligros eso de andar entre policías y ladrones que, según un personaje de Baroja, todos son unos... Y añadiendo, como decía un novelista, la acción a la palabra, ha evolucionado hacia un género que tiene abolengo artístico, aunque no quiera la alta crítica.



—¡Y aun dirá mi mujer que no me «cae» bien la ropa!...

Dibujo de GALINDO.

Rambal, unido en empresa artística a un brillante escritor, autor aplaudido y periodista notable. Luis Linares Becerra, el hombre que mide sus buenos 0 65 de estatura, empieza por estrenar una adaptación de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, melodrama que quita muchas cabezas...

La obra tiene interés, tan alto como el que van a producir las pesetas que costó ponerla en escena. En cuanto a trucos, sin ser rebuscados, sino naturales, que se desprenden de los hechos, es esta producción más rica en trucos que todo el género policíaco conocido y por conocer, desde *Caralt*, que trajo las gallinas no descubiertas por *Gil Parrado* cuando *Raffles*, hasta los *ladrones* de otras compañías.

Los cuatro jinetes del Apocalipsis: guerra, hambre, peste y muerte, no ofrecen asunto para un juguete cómico, mientras no venga Einstein a convencernos de su posibilidad.

Pero sin chistes, hacen gracia a la gente, interpretando «gracia» en el sentido noble de la palabra.

Rambal nos parece mejor cómico ahora que antes. La Cortina, la Sacía, la Castejón, «un «rato» cómicas»; Comes, ¡com'está!; pero Aguado, justificando el apellido; claro que sólo por una cosa: por salir presumiendo y como diciéndole a la gente: «¡Ejem, aquí estoy yo!...» Sí, sí. Allí está, pero completamente... Aguado. ¡Y cómo está! En fin, que se alivie.

A Rambal y a Linares Becerra, a Linares Becerra y a Rambal, un estentóreo ¡¡¡bravooo!!!

Ya se sabe que en Apolo actúa Vives, con un éxito de... «no sé qué decirle a usted». El empresario, Delgado, que es gordo, si nos oyera,

diría: «¡Pues antes de levantar el telón, yo he pagado cuarenta mil duros por este género!...» Y nuestra respuesta: «Es que ese género es calán.»

En Martín tendremos todo el invierno género lírico por la compañía de García Ibáñez. Este actor es conocido porque se dice de él que tiene *jettatura*, y porque rara obra es aquella en que no sale en calzoncillos; por eso también le dicen primer actor de género... de punto. Su esposa, que es muy linda, muy simpática y muy buena cómica, no ha sido contratada de tiple por culpa del apellido. ¡Ser tiple y llamarse Berri...! Va en su lugar otra tiple que tampoco canta. ¿Que quién es? Una hermana «espiritual» de San Isidro, porque es *Casta y Labrador*.

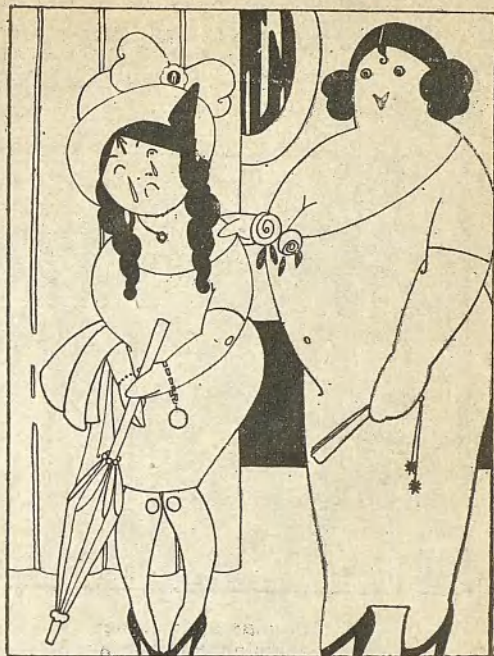
En el Cómic, *El bello don Diego*. ¿Quién es este bello, Tellaache o Millán? Pero, no. Don Pepe y don Rafael son dos feos que han hecho una buena zarzuela. ¡El Cómic! 180.000 pesetas han entrado por su taquilla en dos meses y medio. Por eso allí no quieren más periódico que LA RISA.

Zorrilla trabajará en el Rey Alfonso desde septiembre al 14 de octubre. Luego se irá de pueblo en pueblo, como la farándula de Lope de Rueda.

Una anécdota, para terminar:

Hace quince días esperaban la llegada de Benavente en la estación de San Sebastián algunas personalidades y *gente del pueblo*, como se dice en los repartos de las obras a la comparsería. Allí estaba Muñoz Seca, que comentaba, con Martínez Sierra, la actitud de Cipriano Rivas Cheriff, por que ha sido procesado el autor de *Canción de cuna*. Y exclamó el seudo genio andaluz, que habla así de Calderón: «Mi tocayo, Perico el de la Barca...»:

—No tiene importancia, Gregorio. Eso es una cosa graciosa que me servirá para hacer una



—No llores, hija mía y dime qué te pasa; ábreme tu pecho como yo a ti.

Dibujo de GARRÁN.

comedia (1), como le hubiera servido para una farsa a ARISTÓTELES...

A lo que Martínez Sierra respondió con socarronería:

—Es que yo lo tomo con la filosofía de un ARISTÓFANES...

El Muñoz Seca se quedó tan tranquilo, y unas carcajadas que sonaron cercanas, pensó que eran producidas por alguna frase de Arturo Serrano, semejante a ésta:

—En *mi* teatro siempre me pongo en mangas de camisa. Claro que a mí las camisas me cuestan doce duros cada una... Si no fueran de ese precio...

Por el que va, corre y oye...

E. M. DEL PORTILLO.

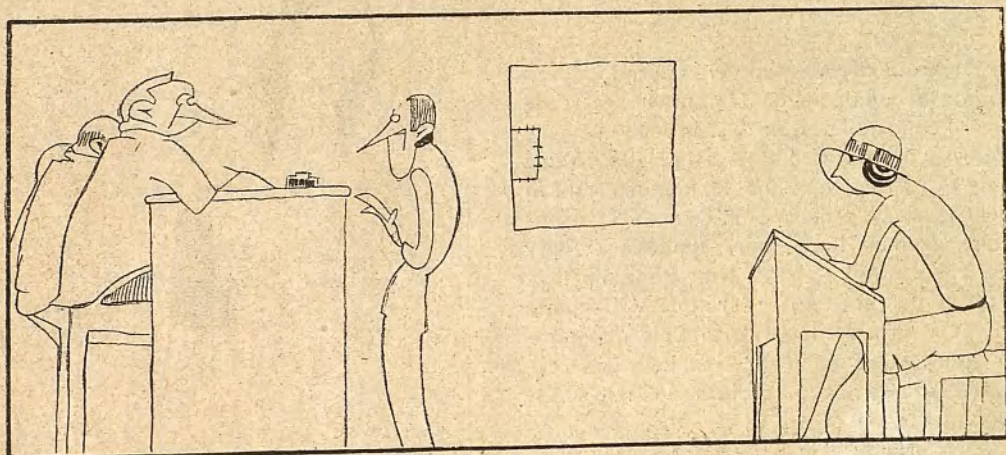
(1) Nota mía: ¡Que a esas cosas se les llamen comedias!

—¿Por qué los guardias de seguridad llevan un galoncito encarnado en la boca-manga?

—Porque como siempre llegan tarde, para que no les digan: «¡A buena hora mangas verdes!!»

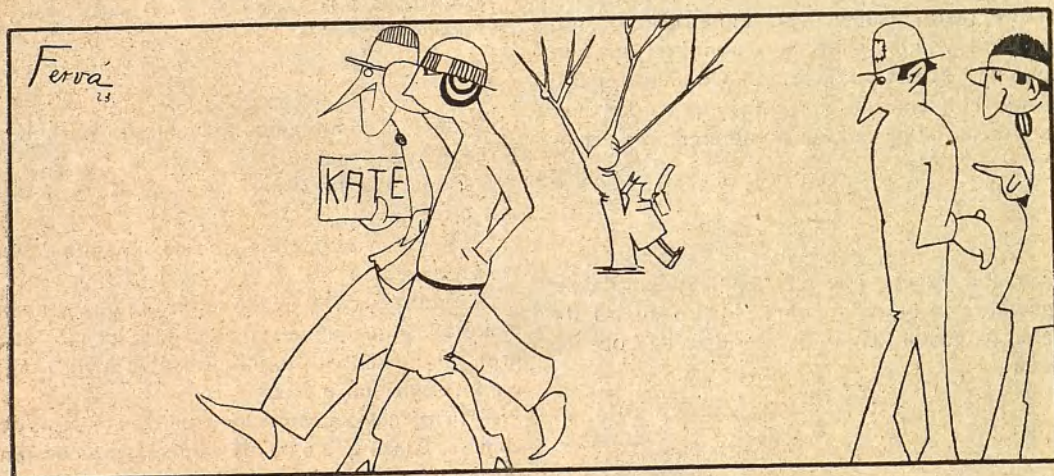
¡NO ES LO MISMO!

HISTORIETA, POR FERVA



En unas oposiciones
se examinaba Luis Mate,

y Paz, su novia, observaba
que le estaban dando un «cate».



¿Por qué le suspenderían
al pobre Luis esta vez?

Unos dicen que por Paz;
yo aseguro que por pez.

EN BREVE APARECERA
PANCHO KOLATE
ESTUPENDO SEMANARIO INFANTIL
¡MUY PRONTO!

Los más notables dibujantes :: Los mejores escritores.

Todos los niños deben comprar **PANCHO KOLATE**.



A VUELTA DE CORREO



A LOS ESPONTANEOS

Se abonan únicamente los trabajos solicitados por la Dirección, advirtiéndose que por los no solicitados abonaremos lo que creamos conveniente, en caso de abonarse.

No se devuelven los originales ni se mantiene conversación ni correspondencia acerca de ellos.

De la admisión o exclusión de los mismos se dará cuenta «exclusivamente» en esta sección.

Serán preferidos para su publicación los dibujos que se ajusten a los tamaños de 29 de alto por 10 de ancho o 23 de ancho por 9 de alto (se refiere a centímetros) y los artículos que sean breves.

Unos y otros deberán venir acompañados del cupón correspondiente, así como del nombre, señas y residencia de los autores, y deberán llevar una sola firma.

Diríjase los originales al apartado 7.002.

Todo trabajo que no se ajuste a estas condiciones quedará sin contestación y será inutilizado.

Los autores son los únicos responsables de sus trabajos.

Días de pago: los lunes, de cinco a ocho de la tarde.

Todos los trabajos son abonados después de publicados.

Únicamente los viernes tendremos el gusto de recibir a los colaboradores, de cinco a siete, para todo lo que se les ofrezca, pero que no sea perjudicial para nadie.

Chilperico — ¡Vaya usted con el futurismo a otra parte! Cuando escriba usted algo en cristiano, ya procuraremos darle gusto... «Siempre cariñosos».

José Cano, Madrid. — Pero, ¿y la gracia? ¿Dónde está la gracia de su artículo? ¡Qué gracioso!

Ambrosio, Gijón. — Su «Carabina» es ya muy conocida. Pero, lo que usted dirá: «Personas de talento hablan de la carabina de Ambrosio», y esto me consuela.

Ataulfo, Santander. — ¡Hombre! Todo eso que nos cuenta de su señora nodriza no tiene interés. Dedíquese a otra cosa: a empapelar botijos de verano, por ejemplo.

A. P. T., Málaga. — «Canta y no llores...» Leer sus versos y dolernos el estómago fué todo uno, y fué... el caos. ¡¡Estamos enfermos!!

Masto. — Muy inocente. Vuelva, pero no a las andadas. Sentimos mucho no poder complacerle, y crea: al decírselo a usted los ojos se nos llenan de lágrimas gordas y dulces.

José Maqueda Alcaide, Madrid. — «¡Cuidao qué usted listo!» Dice usted en su artículo: «Perdona, lector, tanta majadería.» «¡Perdona!», hombre! Y de eso de que no demos su dirección, ¡claro que sí!, pues no queremos que muera usted de mala manera.

A. Arranz, Valladolid. — Le vamos a dar a usted un golpe: ¡Pán!... ¡Pán!... ¡De Valladolid tenía usted que ser! ¡Pán!

Alberto Bilbao, Dos Caminos. — Su «Receta original» no nos ha hecho efecto. Recétenos algo para refr. Escriba usted más despacio; tenemos esperanzas de complacerle.

Juan de Benejí. — ¡Cuánto lo sentimos!

Produzca más, pero nada de disturbios y nada de chorizo..., que nos repite.

Fernando Martín Antolínez, Madrid. — De sus artículos el que tiene algo de gracia es el titulado «Un imposible»; pero carece de novedad, porque la manera de escribir de don Antonio Maura ya la ha tomado a chufia todo el mundo, aunque a nosotros nos parece que se exagera bastante en este punto, pues por algo don Antonio es presidente de la Academia Española.

También puede ser que muchos de los que le lean sean muy brutos y les estorbe lo negro.

Nosotros, sin ser jóvenes mauristas, preferimos la literatura de don Antonio a los rípios de Sánchez Guerra.

Francisco Clavijo. — Dice usted muchas barbaridades, y «pa» bárbaros, ¡¡nosotros!!

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, provincias y América.

	Pesetas.
Trimestre.....	3,60
Semestre.....	7,20
Año.....	15,60

Extranjero.

Unión postal.	Pesetas
Trimestre.....	4,80
Semestre.....	9,60
Año.....	19,20

Las suscripciones empezarán con el primer número de cada mes.

Los suscriptores tendrán derecho, sin aumento de precio, a los números extraordinarios que pueda publicar LA RISA.

Diríjase toda la correspondencia al apartado 7.002.

LA RISA



- ¿Por qué no corresponde a mi amor, Rosita?
- Porque está usted demasiado gordo.
- ¿Y eso qué tiene que ver?
- Pues que a mí me gusta me hagan el amor por lo fino.

Dibujo de A. PERELLÓ.